

Introducción

Buenas tardes. Éste es mi quinto libro y dicen que no hay quinto malo. Aunque se dicen tantas cosas... También se dice que «al que madruga Dios le ayuda» y yo creo que Dios ni ayuda ni deja de ayudar porque uno se levante a una hora u otra. Yo, concretamente, no madrugo para que Dios me ayude, sino para que no me echen del trabajo. Dios está en otras cosas, digo yo, no en estas menudencias. De igual manera, lo de que «no hay quinto malo» tampoco se sostiene. No quiero decir que todos los quintos sean malos, desde luego. Ha habido algunos buenos. Verbigracia, Carlos V, emperador del Sacro Imperio Germánico, ahí es nada. Seguro que sus padres estarían muy orgullosos de él. Pero que ha habido quintos malos, eso es un hecho. En el mundo de los toros, que es en donde surge este refrán, están, por ejemplo, los casos de *Islero* y *Bailador*. *Islero* era grande, negro entrepelado y bragado. *Bailador* era pequeño, bronco y burriciego. Nada que ver el uno con el otro. Solo coincidían en que ambos eran los quintos de sus lotes. Y ambos mataron a sus toreros: a Manolete y a Joselito, respectivamente. No digo yo que fueran toros malos de por sí, a cosa hecha, ya que la maldad es un concepto moral y, como tal, solo aplicable a hombres y mujeres. Pero eran malos en

cuanto a sus efectos, que es lo que nos ha de importar. (Dicho sea entre paréntesis, según Hannah Arendt y su conocida teoría de la banalidad del mal, muchos nazis, al igual que estas bestias, eran inconscientes del sufrimiento que provocaban y de su propia culpabilidad, ya que se limitaban a cumplir las órdenes emanadas de sus superiores, igual que los toros reciben las órdenes emanadas de su instinto natural). Creo que me estoy poniendo estupendo, como Max Estrella, pero aún así voy a seguir con una pequeña incursión en el terreno histórico.

Empezaré por Roma. El quinto de los emperadores fue un tal Nerón, supongo que os suena, no se sabe si más nefasto como emperador o como poeta. Aunque en esta última faceta quizá fuera menos dañino, ya que, por lo que se sabe, no obligaba a los ciudadanos romanos, ni siquiera a los esclavos, a leer sus horrendas poesías. Ahora pasemos a España, a la casa de los Austrias. El quinto de la dinastía fue Carlos II. Le llamaban *El hechizado*, con eso creo que lo digo todo. Un rey apocado e incompetente, cuya falta de descendencia provocó la guerra de sucesión. ¿Y quién hace el quinto lugar en la todavía reinante dinastía de los Borbones? Ni más ni menos que Carlos IV, el rey que entregó España al infame corso. Al igual que Carlos II, él también fue un monarca apocado e incompetente. Sin embargo, Carlos IV sí tuvo descendencia. Aunque mejor que no la hubiera tenido: su hijo Fernando VII quizá haya sido el peor rey de la historia de España. Todo un logro.

Y ya termino. Creo que ha quedado sobradamente demostrado que hay quintos malos. Esto tiene un peligro, desde luego:

el peligro de que este libro que hoy presento también lo sea. Pero tranquilos: al ser consciente del mismo, he puesto todo mi arte y toda mi ciencia para que el libro esté a la altura de un paladar literario tan exquisito como el de esta exquisita audiencia. Ya por último, y ahora de verdad, quisiera expresar mi agradecimiento a Vicente Hernández Alonso por sus maravillosas ilustraciones, así como a Fussion Editorial, con quienes espero seguir trabajando en el futuro. Buenas tardes.

Carta de Angelo Poliziano

Angelo Poliziano saluda a su maestro Marsilio Ficino.

Te pido disculpas por haberte tenido tanto tiempo sin noticias mías. Estoy atravesando una etapa de mi vida en la que ya solo me satisfacen los paseos por el campo y la vida contemplativa, lo que me ha supuesto abandonar en buena medida la relación con mis semejantes, pero créeme que mi afecto por ti continúa siendo tan grande como siempre ha sido. He tomado recientemente una decisión que quería que conocieras. Como te comenté en cierta ocasión, hace ya unos años empecé un largo poema, en lengua toscana, que había de glorificar la victoria de Juliano en la justa celebrada con motivo de la alianza de nuestra amada Florencia con Milán y Venecia. Ése era el motivo aparente de la obra, pero el motivo real era ensalzar los amores de Juliano, del hermano de nuestro magnífico Lorenzo, con la dama de su corazón, con aquella por quien compitió en tan renombrada justa, con aquella cuyo bellísimo rostro lució en su estandarte, con la sin par Simonetta Cattaneo. La noticia que quería darte es que voy a dejar la composición inacabada. Cada vez estoy más convencido de que solo las obras escritas en latín pueden alcanzar fama duradera. Pero ésa no es la causa principal de mi abandono. Ya debía haberlo hecho antes, cuando murió de tisis la pobre Simonetta. En aquella ocasión,

continué el poema de la mejor manera que pude, utilizando todos mis recursos literarios. Hice que Juliano tuviera un sueño premonitorio en el que se le anunciaba tanto su próxima victoria en la justa como la temprana muerte de Simonetta, pero, a continuación, para que el ánimo no decayera, hice que su amada reapareciera bajo la apariencia de la diosa Fortuna, de cuya mano lograría la fama eterna. No te creas que me quedé muy satisfecho con esta solución, pero, por más vueltas que le di al asunto, no encontré ninguna mejor. Aunque, ahora que vuelvo sobre ello, creo que es una solución un tanto extraña: no parece muy lógico que Simonetta se transforme precisamente en la diosa que simboliza el destino, siendo, como fue, el destino, el maldito destino, el causante de su prematura muerte, cuando se hallaba en lo más granado de su juventud. Estas elucubraciones no dejan de ser, en todo caso, eso, elucubraciones, ya que mi decisión de no continuar el poema es firme. ¿Cómo podría hacerlo después del trágico asesinato de nuestro añorado Juliano? ¿Qué me invento ahora? ¿A qué dios de la mitología griega o romana recorro? ¿Hago que Juliano se transforme en Servio Tulio, en el rey romano que, según la leyenda, tuvo amores con Fortuna? Esto ya no hay quien lo arregle. La realidad ha impuesto sus normas, mi querido Marsilio. Todo el poema ha quedado cubierto por un pesadísimo manto de tristeza, que nadie puede levantar: ni tú mismo con toda tu filosofía, ni el mismísimo Platón, aunque resucitara para ello. Consolémonos, pues, recordando al bello Juliano y a la bella Simonetta cuando aún vivían y gozaban de su amor. Quizá, como tú crees, podrán reconstruir su truncado amor más allá de la muerte, donde gozarán juntos de la

visión eterna del Creador. Pero el amor que se tuvieron en este mundo, ese amor que es al mismo tiempo sensual y sagrado, ese amor que lleva a la unión de los cuerpos y de las almas, ese amor me temo que se fue, y se fue para siempre. Trato de recordarles en sus días felices, sí, cuando la vida les sonreía y nos sonreía a todos nosotros, pero, si he de ser sincero, te diré que, por más que lo intento, no logro quitarme de la cabeza la imagen de Juliano tirado en el suelo de la catedral, de Juliano cubierto de sangre y cosido a puñaladas por los traidores, como un nuevo César. Adiós.

En mi finca de Fiésole, el 18 de abril de 1484.

